



CAPÍTULO II

La Convención. El Municipio. Los Jacobinos

EL 21 de septiembre se abrió al fin la Convención, la asamblea que frecuentemente se ha considerado como el verdadero tipo, el ideal, de una asamblea revolucionaria. Las elecciones se habían hecho por sufragio casi universal, por todos los ciudadanos activos y pasivos, pero siempre a dos grados, es decir, todos los ciudadanos habían elegido primeramente las asambleas electorales y éstas habían nombrado los diputados a la Convención. Ese modo de elección era evidentemente favorable a los ricos; pero como las elecciones se hicieron en septiembre, en medio de la efervescencia general producida por el triunfo del pueblo en 10 de agosto, y muchos de los contra-revolucionarios, aterrorizados por los acontecimientos del 2 de septiembre,

prefirieron no mostrarse en las elecciones, éstas no fueron tan malas como hubieran podido ser. En París pasó por completo la lista de Marat, que contenía todos los revolucionarios conocidos del club de los Franciscanos y del de los Jacobinos. Los 525 «electores» que se reunieron el mismo 2 de septiembre en el local del club de los Jacobinos, eligieron a Collot-d'Herbois y a Robespierre para presidente y vicepresidente, excluyeron a todos los que habían formado las peticiones realistas de los 8.000 y de los 20.000, y votaron por la lista de Marat.

Sin embargo, el elemento «moderado» dominaba también, y Marat escribía, desde la primera sesión, que al ver el aspecto que presentaban la mayoría de los delegados, desesperaba de la salvación de la patria. Preveía que su oposición al espíritu revolucionario sumergiría a Francia en incesantes luchas. «Acabarán de perderlo todo, decía, si el corto número de los defensores del pueblo, llamado a combatirles, no se sobrepone y los aplasta». Pronto veremos cuánta razón tenía.

Pero los mismos acontecimientos empujaban a Francia hacia la República, y el impulso popular fué tal, que los moderados de la Convención no osaron resistir a la corriente que se llevaba la monarquía.

Marsella, como ya hemos visto, y otras ciudades, exigieron la República antes del 10 de agosto; París lo hizo solemnemente el primer día de las elecciones; el club de los Jacobinos se decidió al fin a declararse republicano en su sesión del 27 de agosto, después de la publicación de los papeles hallados en un secreter de las Tullerías. La Convención siguió a París: abolió la monarquía en su primera sesión en 21 de septiembre de 1792, y al día siguiente, por un segundo decreto, ordenó que a contar desde aquel día los actos públicos serían fechados del Año primero de la República.

Tres partidos bien distintos se hallaron en la Convención: la Montaña, la Gironda y la Llanura, o más bien el Pantano. Los gironinos, aunque menos de doscientos, dominaban. Ya en la Legislativa habían suministrado al rey el ministerio Roland y pretendían ser considerados como «hombres de Estado». Compuesto de hombres

instruídos, elegantes y finos políticos, el partido de la Gironda representaba los intereses de la burguesía industrial, comercial y propietaria, que se constituía rápidamente bajo el nuevo régimen. Con el apoyo del Pantano, los girondinos fueron al principio los más fuertes, y de su seno se tomó el nuevo ministerio republicano. Danton, único, en el ministerio llegado al poder el 10 de agosto, había representado la revolución popular: presentó su dimisión el 21 de septiembre y el poder quedó en manos de los girondinos.

La Montaña, compuesta de jacobinos como Robespierre, Saint-Just y Couthon, de franciscanos como Danton y Marat, y apoyada por los revolucionarios populares del Municipio como Chaumette y Hebert, no se había constituido aún como partido político; se constituyó después por la sucesión de los acontecimientos. Por el momento reunía a los que querían marchar adelante y conducir la Revolución a resultados tangibles, es decir, destruir la monarquía y el realismo, aniquilar la fuerza de la aristocracia y del clero, abolir el feudalismo y afirmar la República.

Por último, la Llanura, o el Pantano, lo formaban los indecisos, sin convicciones fijas, pero que son conservadores por instinto y forman la mayoría en todas las asambleas representativas. Eran unos quinientos en la Convención. Esa agrupación sostuvo al principio a los girondinos, abandonándolos después en el momento del peligro; por miedo sostuvieron luego el terror rojo, y a continuación hicieron el terror blanco, cuando el golpe de Estado de Termidor envió a Robespierre al cadalso.

Pudo creerse entonces que la Revolución se desarrollaría sin obstáculos y seguiría su marcha natural, dictada por la lógica de



ROBESPIERRE

los acontecimientos: proceso y condenación del rey; una constitución republicana para reemplazar a la de 1791; la guerra a muerte contra los invasores; y al mismo tiempo la abolición definitiva de lo que constituía la fuerza del antiguo régimen: los derechos feudales, el poder del clero y la organización realista de la administración provincial. La abolición de todas esas supervivencias se desprendía necesariamente de la situación.

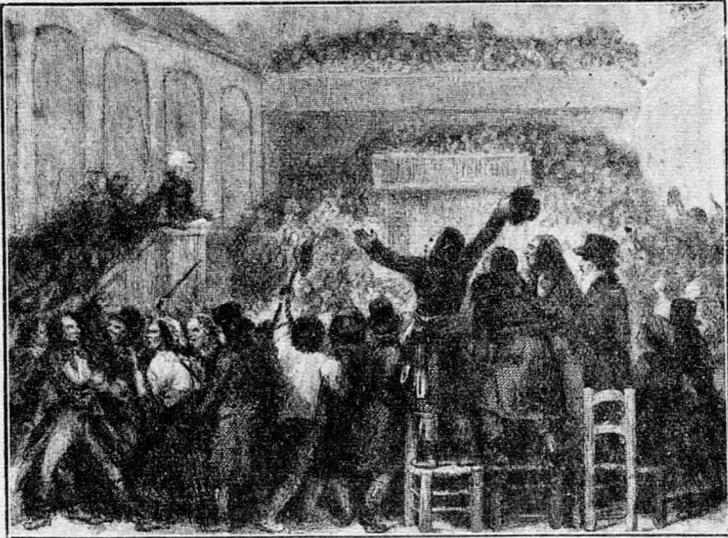
Pero la burguesía, llegada al poder y representada por los «hombres de Estado» de la Gironda, no lo quería.

El pueblo había derribado del trono a Luis XVI; pero la Gironda se oponía con todas sus fuerzas a desembarazarse del traidor que había traído a los alemanes hasta las puertas de París a ejecutar a Luis XVI. ¡Antes la guerra civil que ese paso decisivo! No por temor a la venganza del extranjero, puesto que los mismos girondinos habían emprendido la guerra contra Europa, sino *por miedo a la Revolución del pueblo francés*, y sobre todo del París revolucionario, que vería en la ejecución del rey el principio de la verdadera revolución. Felizmente el pueblo de París, en sus secciones y en su Municipio, había llegado a constituir, al lado de la Asamblea Nacional, un poder positivo que dió cuerpo a las tendencias revolucionarias de la población parisiense que llegó hasta dominar la Convención.

Detengámonos un momento, antes de abordar las luchas que desgarraron la representación nacional, para dirigir una mirada retrospectiva a la manera cómo se constituyó el poder del Municipio de París.

Ya hemos visto en precedentes capítulos (xxiv y xxv del primer tomo) de qué manera adquirieron importancia las secciones de París como órganos de la vida municipal, apropiándose, además de las atribuciones de policía y de la elección de los jueces que le daba la ley, diversas funciones económicas de la mayor trascendencia (la alimentación, la asistencia pública, la venta de los bienes nacionales, etc.), y cómo esas mismas funciones les permitieron el ejercicio de una gran influencia en la discusión de las grandes cuestiones políticas de orden general.

Convertidas en órganos importantes de la vida pública, las secciones trataron necesariamente de establecer un lazo federal entre sí, y en diversas ocasiones, en 1790 y en 1791, nombraron comisarios especiales con objeto de entenderse para la acción común, aparte del Consejo municipal regular. Sin embargo, nada permanente llegó a establecerse.



ROBESPIERRE EN LA TRIBUNA DE LOS JACOBINOS

En abril de 1792, cuando se declaró la guerra, los trabajos de las secciones se aumentaron repentinamente con multitud de nuevas atribuciones: los alistamientos, selección de los voluntarios, dones patrióticos, equipo y provisión de los batallones enviados a las fronteras, correspondencia administrativa y política con aquellos batallones, asistencia a las familias de los voluntarios, etc., aparte de la lucha continua contra las conspiraciones realistas que dificultaban sus trabajos. Con esas nuevas funciones se hacía sentir cada vez más la necesidad de una unión *directa* entre las secciones.

Cuando se examina hoy esa correspondencia de las secciones y su vasta contabilidad, no puede menos de admirarse el espíritu de organización espontánea del pueblo de París y el entusiasmo

de los hombres de buena voluntad que realizaban esas tareas después de terminado su trabajo diario. Por ese examen puede apreciarse la grandeza de la devoción más que religiosa suscitada en el pueblo francés por la Revolución. Porque no ha de olvidarse que si cada sección nombraba su comité militar y su comité civil, todos los asuntos importantes se trataban y resolvían en las asambleas generales nocturnas.

Compréndese también que aquellos hombres que veían, no en teoría, sino en lo vivo, los horrores de la guerra y tocaban directamente los sufrimientos impuestos al pueblo por la invasión, odiasen los fautores de la invasión: el rey, la reina, la corte, los ex nobles y los ricos, todos los ricos, que hacían causa común con la corte. La capital se asociaba a los campesinos de los departamentos fronterizos en el odio a los secuaces del trono que habían llamado al extranjero. He ahí por qué, en cuanto se lanzó la idea de la manifestación pacífica del 20 de junio, las secciones se dedicaron a organizar aquella manifestación, y en seguida prepararon el ataque de las Tullerías el 10 de agosto, aprovechando esos preparativos para constituir la unión directa tan deseada entre las secciones en vista de la acción revolucionaria.

Cuando resultó evidente que la manifestación del día 20 quedó sin efecto, que la corte nada había aprendido ni nada quería aprender, las secciones tomaron a su cargo la iniciativa de pedir a la Asamblea la destitución de Luis XVI. El 23 de julio, la sección de Mauconseil tomó un acuerdo en ese sentido, que notificó a la Asamblea, y se dispuso a preparar una insurrección para el 5 de agosto. Otras secciones se apresuraron a tomar la misma resolución, y cuando la Asamblea, en su sesión del día 4 de agosto, denunció el acuerdo de los ciudadanos de Mauconseil como ilegal, ese acuerdo había recibido ya la aprobación de catorce secciones. Aquel mismo día se presentaron unos miembros de la sección de Gravilliers a declarar ante la Asamblea que dejaban todavía a los legisladores «el honor de salvar la patria». «Pero si lo rehusáis, añadían, será preciso que tomemos el partido de salvarnos nosotros mismos». La sección de los Quince-

Veinte designó por su parte «la mañana del 10 de agosto como término extremo de la paciencia popular»; y la de Mauconseil declaró que «esperaría en paz y vigilancia hasta el jueves 9 de agosto, a las once de la noche, la declaración de la Asamblea Nacional; pero que si no se hacía justicia y derecho al pueblo por el Cuerpo legislativo, una hora después, a media noche, se tocaría generala y todo se levantaría.» (1)

Por último, la misma sección invitó a todas las otras el 7 de agosto a nombrar en cada una seis comisarios, *menos oradores que excelentes ciudadanos*, quienes, por su reunión, formarían un punto central en el Hôtel de Ville»; lo que se hizo el día 9 (2). Cuando se hubieron adherido al movimiento veintiocho o treinta secciones de las cuarenta y ocho existentes, sus comisarios se



JACOBINO VIGILANTE DE SECCIÓN

reunieron en la casa común, en una sala inmediata a la en que se reunía el Consejo municipal regular, poco numeroso en aquel momento, y obraron revolucionariamente como nuevo Ayuntamiento: suspendieron provisionalmente el Consejo general, destituyeron al alcalde Petion, destituyeron el estado mayor de los batallones de la

(1) Mortimer Ternaux, *La Terreur*, t. II, págs. 178, 216, 393; Buchez y Roux, t. XVI, p. 247; Mellié, *Les Sections de Paris*, p. 141 y siguientes.

(2) Entre las secciones se había establecido ya un comité de correspondencia, y desde el 23 de julio se reunía ya una agrupación de comisarios de varias secciones.

guardia nacional y se apoderaron de todos los poderes del Municipio, lo mismo que de la dirección general de la insurrección (1).

Así se constituyó en el Hôtel de Ville el nuevo poder de que acabamos de hablar.

Se tomaron las Tullerías; se destronó al rey, e inmediatamente el nuevo Municipio hizo saber que veía en el 10 de agosto, no el coronamiento de la Revolución inaugurada el 14 de julio de 1789, sino el principio de una nueva revolución popular e igualitaria, por lo que a partir de aquel día fecharía sus actas de «el año IV de la Libertad, el año I de la Igualdad». Como consecuencia, comenzó a incumbir toda una nueva masa de deberes para el nuevo Municipio.

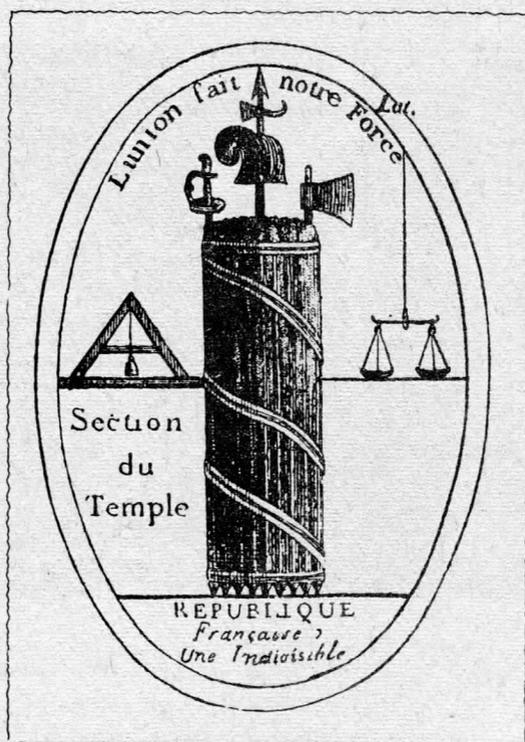
Durante los últimos veinte días de agosto, mientras la Asamblea legislativa vacilaba entre las diversas corrientes realistas, constitucionales y republicanas que la desgarraban, y se mostraba absolutamente incapaz de elevarse a la altura de los acontecimientos, las secciones de París llegaron a ser el verdadero corazón de la nación francesa para despertar la Francia republicana, lanzarla contra los reyes coaligados y producir, de acuerdo con otros Municipios, la organización necesaria en el gran movimiento de los voluntarios de 1792.

Y cuando las vacilaciones de la Asamblea, las veleidades realistas de la mayor parte de sus miembros y su odio al Municipio insurreccional condujeron a la población parisiense a los furores frenéticos de las jornadas de septiembre, todavía de las secciones y del Municipio vino la paz y la tranquilidad. En cuanto la Asamblea legislativa se decidió por fin a pronunciarse, el 4 de septiembre,

(1) M. Mellié ha hallado la siguiente acta de la sección Poissonnière: «Reunida el 9 de agosto, a las ocho de la tarde, en asamblea permanente en la iglesia de San Lázaro, destituyó todos los oficiales del batallón de San Lázaro que no había nombrado ella misma, y nombró a continuación otros oficiales, bajo cuyos órdenes se proponía marchar. Se entendió con otras secciones sobre la orden de marcha, y a las cuatro de la mañana, después de haber nombrado su comité permanente para vigilar los armamentos y dar las órdenes de seguridad que juzgaron necesarias, la sección se unió a sus hermanos del faubourg San Antonio y se puso en marcha hacia las Tullerías.»

Por esta acta se ve positivamente la manera de obrar del pueblo de París durante aquella noche memorable.

contra la monarquía y contra todos los pretendientes al trono de Francia, y significó esta decisión a las secciones, éstas, como ya hemos visto, se federaron en seguida para terminar las matanzas, que amenazaban extenderse desde las prisiones a las calles, y garantir la seguridad a todos los habitantes.



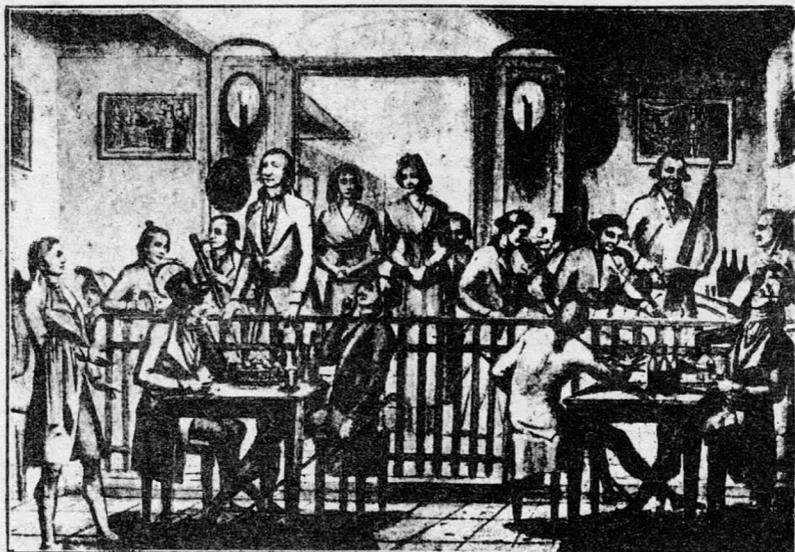
TARJETA DE MIEMBRO DE LA SECCIÓN DEL TEMPLE

Asimismo, cuando la Convención se reunió, y, después de haber decretado, en la mañana del 21 de septiembre, la abolición de la monarquía en Francia, «no se atrevía a pronunciar la palabra decisiva» de república, y «parecía esperar una excitación del exterior» (1), la excitación vino del pueblo de París, que acogió el decreto, en la calle, a los gritos de *¡Viva la República!*; y los ciudadanos de la sección de las Cuatro Naciones se presentaron a forzar la mano a la Conven-

(1) Aulard, *Histoire politique de la Révolution*, 2.^o ed., págs. 272 y siguié .

ción, declarándose muy dichosos pagando con su sangre «la República», no proclamada todavía en aquel momento, y que no fué reconocida oficialmente por la Convención hasta el día siguiente.

El Municipio de París adquirió así una fuerza que se imponía como la inspiradora, si no la rival, de la Convención, y la aliada del partido de la Montaña.



UN CAFÉ DE PARÍS

(De una estampa de la época)

Además la Montaña tenía por suyo aquel otro poder recién constituido en el curso de la Revolución: el club de los Jacobinos de París, con las numerosas sociedades populares de provincias que se le habían afiliado. Verdad es que aquel club no tenía el poder ni la iniciativa revolucionaria que le prestan muchos escritores políticos modernos. Lejos de gobernar la Revolución, el club de los Jacobinos no hizo más que seguirla; compuesto principalmente de burguesía rica, su mismo personal le impedía dirigir la Revolución.

Los jacobinos, dice Michelet, se vanagloriaban de ser los prudentes y los políticos de la Revolución, de constituir como el fiel de su balanza. No dirigían la Revolución, la seguían. El espíritu del club

cambiaba a cada nueva crisis; pero inmediatamente se hacía como la expresión y el eco de la tendencia dominante en un momento dado en la burguesía instruída, moderadamente democrática; apoyaba, trabajando sobre el terreno, la opinión en París y en provincias en el sentido requerido, y daba los funcionarios más importantes al nuevo régimen. Robespierre, quien, según la expresión justa de Michelet, representaba «el justo medio de la Montaña», quería que los jacobinos «pudiesen servir de intermediarios entre la Asamblea y la calle, espantar y tranquilizar alternativamente la Convención»; pero comprendía que la iniciativa había de partir de la calle, es decir, del pueblo.



MASCARADA ANTIRRELIGIOSA

Ya hemos mencionado que en los acontecimientos del 10 de agosto fué nula la influencia de los jacobinos, y nula fué también en septiembre de 1792: el club estaba desierto; pero poco a poco, en la corriente del otoño, la sociedad madre de París se reforzó por los franciscanos, y entonces el club adquirió nueva vida y fué el centro de unión de toda la parte moderada de los republicanos demócratas. Marat se hizo allá popular, pero no los «rabiosos», es decir, usando un lenguaje moderno, no los comunistas. A éstos se opuso el club primeramente y después les combatió.

Cuando en la primavera de 1793 llegó a su momento crítico la lucha emprendida por los girondinos contra el Municipio de París, los jacobinos apoyaron al Municipio y a los montañeses de la Convención; les ayudaron a alcanzar la victoria sobre los girondinos

y a consolidarla; por su correspondencia con las sociedades afiliadas en provincias, sostuvieron a los revolucionarios avanzados y contribuyeron a paralizar la influencia, no sólo de los girondinos, sino también de los realistas que detrás de ellos se ocultaban, para volverse después, en 1794, contra los revolucionarios populares del Municipio, permitiendo así a la reacción burguesa realizar el golpe de Estado del 9 Termidor.

